

Reseña de libros

Roger D. Hansen, *THE POLITICS OF MEXICAN DEVELOPMENT*, The John Hopkins Press, Baltimore and London, 1971.

Kenneth F. Johnson, *MEXICAN DEMOCRACY: A CRITICAL VIEW*, Allyn & Bacon Inc., Boston, 1971.

Tzvi Medin, *IDEOLOGÍA Y PRAXIS POLÍTICA DE LÁZARO CÁRDENAS*, Siglo XXI, México, 1972.

Ningún país de América Latina ha recibido, de parte de los escritores estadounidenses, tanta atención como México. De Scott a Cline, de Padgett a Brandenburg, hay suficientes monografías dedicadas a la Revolución Mexicana como para llenar varios anaqueles de una biblioteca universitaria. La proximidad geográfica y una historia estrechamente unida no son por sí solas suficientes para explicar el fenómeno. Esencialmente, la inspiración es ideológica, un producto de las secuelas de la Revolución Cubana, cuando los eruditos norteamericanos corrieron a abrazar un movimiento que parecía combinar el cambio social genuino con la estabilidad política y un milagro económico de proporciones gigantescas, y todo el trabajo de un régimen cuyo apoyo a los Estados Unidos ha estado realmente en duda durante los últimos treinta años. En la era de la Alianza para el Progreso, la experiencia mexicana parecía una fuerte vindicación del punto de vista norteamericano de que una reforma de grandes proporciones era posible sin subversión violenta ni revolución socialista. Unos pocos gestos demagógicos en política exterior (reconocimiento de Cuba) no evitaron que México se volviera el mayor recipiendario individual de capital norteamericano desde la Segunda Guerra Mundial.

Paralelamente con el desarrollo, dentro de México mismo, de una mitología oficial de la Revolución, el grueso de los observadores extranjeros se han identificado ampliamente con las metas benéficas de la élite revolucionaria. Los más patentes ejemplos de desigualdad económica y social, concluyen, son el precio desafortunado pero inevitable que debe pagarse por el rápido crecimiento económico. Pese a la abundante evidencia de violencia y corrupción política, del aplastamiento inexorable de la actividad independiente por el trabajo organizado y el campesinado, la mayoría de los analistas apenas reconocen la existencia de conflictos de intereses entre las diferentes clases de la Sociedad Mexicana. En algunos casos, esto no es difícil de explicar puesto que, como lo hace notar Johnson en su Introducción, la ruta tomada por la mayoría de los investigadores norteamericanos los ha guiado tranquila y exclusivamente por los canales oficiales del gobierno del PRI —“Ciertos grupos pueden muy bien recibirlo, pero si amigos de la familia oficial lo encuentran en territorio enemigo, su utilidad como investigador puede perfectamente haber terminado”—. Palabras proféticas por cierto, ya que en agosto de 1972 la policía de seguridad mexicana, molesta por sus contactos amistosos aunque académicos con los grupos de oposición,

arrestó a Johnson en su hotel, lo retuvo para interrogatorios durante varios días, amenazó con represalias sobre su familia, y finalmente lo expulsó del país.

Fue necesario el movimiento estudiantil-popular del verano de 1968, y las sangrientas masacres del 2 de octubre para detonar un movimiento que revisara las suposiciones comúnmente admitidas sobre la democracia mexicana. Los tres libros revistados aquí forman parte de este amplio y políticamente heterogéneo revisionismo. Hansen enfoca sólidamente su interpretación dentro del marco del desarrollo económico moderno de México. Su punto de partida es el enorme abismo existente entre la retórica de la Revolución Mexicana y la realidad representada por la brutal desigualdad de la distribución de los ingresos. Lejos de ser un ejemplo resplandeciente para el resto de América Latina y en marcado contraste con la imagen generalmente aceptada, México ha caído más atrás que la mayoría de los países del continente en términos de desigualdad de ingresos y provisión gubernamental de servicios sociales. Como en tiempos de Porfirio Díaz, la desigualdad de ingresos es aún una función del esquema de posesión de tierras. Pese a los logros reales de la reforma agraria, la mitad de los cultivadores mexicanos trabajaban en 1960 menos del 12 % de los fundos del país. Del mismo modo que los bajos impuestos han estimulado la industrialización, así la discriminación gubernamental en favor de la agricultura privada en lo referente a provisión de créditos e irrigación ha agravado el problema de los trabajadores sin tierra y empobrecido los minifundios. Rara vez, anota Hansen, ha cortado tan deta-

llada y consistentemente sus políticas con miras a favorecer las actividades del sector privado.

El núcleo del libro de Hansen, sin embargo, es un estudio de los trabajos del sistema político mexicano "quién consigue qué, cuándo y cómo". El partido oficial, lejos de ampliar la participación de nuevos grupos sociales en el sistema político, ha seguido insistentemente políticas tendientes a favorecer a la burguesía industrial y agraria que no está siquiera representada en la estructura sectorial del partido dominante. El PRI sirve más como un gigantesco mecanismo de control a través del cual la élite "revolucionaria" mantiene su mano sobre los principales grupos de clase y de interés de la sociedad mexicana.

La coacción y la represión de las actividades disidentes estructuran las relaciones entre las agremiaciones de obreros y campesinos y el gobierno. La misma resistencia se muestra a los intentos de democratizar las estructuras desde adentro del "partido" mismo, como lo atestigua el asunto Madrazo. Toda la estructura de poder está firmemente cimentada por las enormes recompensas económicas derivadas de los altos puestos, potente factor que incrementa la solidaridad grupal de los que han alcanzado la cima de la "Cosa Nuestra".

Cuando Hansen se lanza a un amplio tratamiento histórico de este sistema, sin embargo, sus argumentos se vuelven mucho menos convincentes. Esto es particularmente cierto en su concentración en el mestizaje como clave para entender el desarrollo mexicano. Para Hansen, la historia del siglo XIX es la historia de la elevación del mes-

tizo, de los grupos socialmente marginados y ansiosos de poder, que logran su entrada política durante el régimen de Díaz sólo para rebelarse contra la esclerosis creciente de la dictadura. El recurso es útil en la medida en que alienta la búsqueda de continuidades entre los moldes de control social y político en el porfiriato así como en la era post-revolucionaria. Recién cuando Hansen emplea los supuestos atributos psico-culturales del mestizo para explicar la naturaleza limitada de las demandas hechas al sistema político por las masas, de donde deriva su facultad de mantenerse, es que emergen las debilidades de su acceso funcional. Se le escapa así cualquier consideración sobre los desalientos masivos de toda conducta política "desviada" en la sociedad mexicana. Lejos de no haber evidencia de que "el uso de coerción como instrumento de control político esté en la elevación de México", el destino corrido por los movimientos de 1968 y los intentos de quebrar el control oficial sobre el movimiento obrero y campesino (por tomar dos ejemplos), apuntan al uso continuado de la fuerza por parte de la élite política mexicana. No hay necesidad de recurrir a la patología de la conducta mestiza (hostilidad interpersonal y sumisión a la autoridad) para explicar el funcionamiento exitoso de, por ejemplo, el único movimiento obrero cautivo mexicano, cuando la conducta disidente acarrea la amenaza de pérdida del empleo, encarcelamiento y no sin frecuencia, eliminación física. Hansen podría haber discutido más provechosamente el papel represivo del ejército en las áreas rurales o la persistencia de la violencia política en los estados, vívidamente

evidenciada por los recientes disturbios en Tlaxcala.

El libro de Kenneth Johnson es un trabajo más ligero, menos analítico y que dedica una buena parte de atención a problemas más periféricos. Aparte de la pasada histórica a vuelo de pájaro sobre la sociedad mexicana, utiliza una serie de extractos y anécdotas literarias y filosóficas, reales e imaginarias, para ilustrar los trabajos de la "democracia esotérica" de México. Una buena cantidad de espacio está dedicado a los diversos grupos de la "cámara", y a la oposición extra-parlamentaria, aunque con demasiado uso de literatura polémica anónima de dudosa categoría. La sección más útil del libro es la serie de breves estudios de las recientes confrontaciones electorales entre el PRI y el partido principal de la oposición, el PAN. Desafortunadamente, Johnson es otro de los fascinados por "el único síndrome psicológico perteneciente al mestizo", y se nos presenta nuevamente el estereotipo del mexicano sufrido, pasivo y conformista.

Pese al tono generalmente crítico del libro, del cual hay apologías regulares y frecuentes, el autor adopta una actitud altamente equívoca hacia su tema. Con sus defectos, México se ha salvado por lo menos de "los destrozos de la subversión comunista", y la corrupción puede tener después de todo una función útil en la redistribución de los ingresos. Su afirmación de que la distribución económica ha sido "relativamente" equitativa en México está contradicha de plano por los detallados análisis de Hansen. En último recurso, los llamados de Hansen y Johnson en favor del restablecimiento de la legitimidad del sistema mexicano demuestra

el importante interés que los eruditos liberales tienen aún en la supervivencia de la teoría del éxito mexicano.

La debilidad de la izquierda mexicana ha sido un factor crucial en la permanencia de un gobierno "estable" durante los últimos treinta años. Debilitada por constantes deserciones hacia las filas del partido oficial, la izquierda ha sufrido además la exitosa apropiación por parte de la burguesía de la retórica de la Revolución. Muy a menudo en el pasado, su receta para la acción ha consistido en estériles llamados al regreso a la movilización nacional del período de Cárdenas. Durante dos décadas enteras, el ex presidente ha envejecido en las líneas laterales, como un deus-ex-machina de la izquierda, flirteando con los intentos de reagrupar a la izquierda revolucionaria (la experiencia del MNL de los primeros años de la década del 60), pero siempre al fin fiel a la solidaridad grupal de la Familia Revolucionaria.

El período de Cárdenas recuerda levantamientos sociales masivos en las ciudades y en el campo, pero Tzvi Medin ofrece el útil recuerdo de que pese a la retórica socialista y a los discursos sobre lucha de clases, el logro decisivo del Cardenismo fue el gran impulso dado al desarrollo de la burguesía nacional mexicana. Las inversiones masivas en infraestructura y obras públicas estimularon la industrialización mientras los jugosos contratos que creaban proveían un seguro y fácil beneficio a los incipientes empresarios mexicanos. Ayudadas por las nuevas medidas proteccionistas, las firmas comerciales mexicanas crecieron en número de 6.916

a 13.510 entre 1935 y 1940. Aun en la reforma agraria, Cárdenas no fue enemigo de la propiedad privada. Luego de la distribución de 18 millones de hectáreas de tierra, México seguía siendo, globalmente, una sociedad masivamente latifundista. Sólo el 11 % de la tierra destinada a actividades ganaderas fue afectada por la reforma agraria y la protección constitucional a la llamada "pequeña propiedad" abrió el camino a la reconsolidación de los latifundios en una vasta escala.

Por sobre todas las cosas, Cárdenas fue un maestro en el arte de la co-optación y la construcción de coaliciones. La fundación, en 1938, del PRM, predecesor del actual partido oficial, apuntaba a asegurar el control absoluto y exclusivo sobre la sociedad mexicana bajo la firme guía presidencial. Cárdenas toleraba y alentaba el unionismo comercial combativo, especialmente cuando fortalecía su mano contra la "gran burguesía" y las compañías petroleras, pero aplastó rápidamente un intento del CTM de extender su organización sobre el campesinado que Cárdenas deseaba conservar como su propia base de sustentación personal. El hecho de que la reestructuración de la sociedad mexicana ocurrió en un tiempo de actividad política y social progresiva garantizó al presidente la inmunidad contra las críticas serias. Pero al consolidar el control estatal sobre el trabajo rural y urbano, Cárdenas entregó a sus sucesores una valiosa herramienta para la generación y el mantenimiento de un sistema de gran desigualdad social y económica.

Gilbert J. Butland, *EL OTRO LADO DEL PACÍFICO*, The Australian Institute of International Affairs, 1972.

Los australianos creen vivir en el mejor país del mundo. Esta conciencia nacional se ha desarrollado, no porque Australia sea poderosa o tenga éxito, sino porque tiene suerte. Una tierra próspera, con pocos problemas sociales ha alentado la complacencia australiana. Debido a la creencia popular de que todos tienen un "fair go", la política —que se ocupa fundamentalmente de la división de los recursos— no es tomada en serio. No es sorprendente en consecuencia que, estando tan aislados geográficamente, estén casi olvidados del resto del mundo. El compromiso de tropas en Vietnam y la actual política hacia China apuntan trágicamente a la ignorancia australiana de sus vecinos más próximos.

No sólo los viajes de comercio continuado y la diplomacia, sino también buenos programas de estudios extranjeros, son la mejor indicación de que firme se ha mantenido Australia con respecto a lo que el resto del mundo ha venido haciendo. Si esto es así, la ignorancia de lo que ocurría del otro lado del Pacífico ha sido considerable. Por supuesto, esta ignorancia probablemente sólo sea igualada por lo poco que los latinoamericanos saben sobre Australia.

Gradualmente este estado de cosas ha ido cambiando, por lo menos en el nivel oficial. Este año se verificó la primera visita a Latinoamérica por parte de un Ministro de Gabinete australiano, un seminario en Melbourne sobre las posibilidades comerciales de América Latina, y una gira por parte

de una delegación parlamentaria australiana. El aspecto académico se ha interesado lentamente en el área. Pese a que el gobierno no las ha impulsado, como ocurrió en Inglaterra y Estados Unidos, hay seis universidades australianas enseñando el idioma español, y una de ellas se ha abocado seriamente al estudio de temas latinoamericanos.

La aparición del pequeño libro del profesor Butland, que tenía por subtítulo "Problemas de América Latina", es un síntoma de esta nueva conciencia. Es la primera publicación australiana consagrada a América Latina. Servirá como una útil introducción para los lectores australianos de escasa experiencia sobre el área.

Mientras se hace ruido acerca de ser "parte de Asia", Australia haría bien recordando que, de las regiones que la rodean, Latinoamérica es la única con la que comparte antecedentes culturales comunes. La costa oriental de Australia, donde está concentrada la población y los países de América Latina tienen un gran potencial para intercambios beneficiosos. El retiro norteamericano del Pacífico ha facilitado esto. Los australianos encontrarían mucho más difícil entenderse con el lenguaje y costumbres camboyanos o tailandeses que con los chilenos o argentinos.

Estos países han tenido experiencias comparables a las de Australia. Históricamente, han sido satélites semicoloniales en las periferias de civilizaciones mayores. Del mismo modo que las élites culturales de Buenos Aires han mira-

do hacia Europa, especialmente París, como su fuente espiritual, así han mirado sus contrapartes en Sidney hacia Londres. Tanto la sociedad australiana como la latinoamericana han operado en la órbita de las grandes potencias, y ambas han sido incapaces de resistir al pillaje de sus recursos naturales. Cómo establecer las consecuencias sociales de la importación de tecnología y capital es un problema para las sociedades latinoamericanas y para Australia. Una crisis de identidad se enfrenta a todas esas sociedades. Sorprendería a los latinoamericanos, de todos modos, que a pesar de su prosperidad económica, Australia presenta una gran proporción de inmadurez nacional.

Como geógrafo, el profesor Butland

da un fuerte énfasis a los detalles físicos, de población y agricultura de la región. Presenta muy buenos mapas, ilustraciones y fotografías que cuadran a la perfección para las necesidades de los estudiantes de los últimos cursos del nivel secundario y tal vez para las de los del tercer nivel. Pese a que en un intento de permanecer actualizado, a su análisis político le falta un poco de profundidad, el profesor Butland muestra que su corazón está en el lugar justo. Es grato ver al primer australiano que adelanta sus pasos hacia el entendimiento de un continente "previamente desconocido e ignorado".

PAUL MADDEN